



la liturgia de los difuntos de la de los vivos. También se ofrecía el sacrificio para obtener gracias particulares, tales como la lluvia, la cesación de la esterilidad y la garantía de ciertos peligros (*misas votivas*). La comunión pública se daba ordinariamente en las dos especies, aunque siempre se creyó que la sustancia del sacramento estaba toda entera en cada una de las dos especies, así en el pan como en el vino, según lo explican claramente las palabras del apóstol: *Cualquiera que come ó bebe indignamente.*

Sucedía además desde el primer período, que cuando los cristianos se veían perseguidos ó iban á emprender algún viaje largo, en particular por mar, se les permitía conservar en su casa la santa Eucaristía; los monjes eran los que más generalmente disfrutaban de este privilegio, cuando no tenían en su soledad algún sacerdote. La Iglesia no temía entonces que se tuviese menos respeto y reverencia al cuerpo del Señor en las casas privadas que en los templos. En estos casos, así como en la comunión de los enfermos, la Eucaristía no se administraba sino en una especie, la del pan, considerándose tan santa y tan entera como la de las dos especies. También es evidente que sólo se daba la comunión á los niños bajo la especie del vino, uso que se estableció desde un principio. Para la Eucaristía se usaba el pan con levadura, casi generalmente en Oriente y en Occidente, y hasta el tiempo de Focio no se pronunció la Iglesia occidental por *el pan sin levadura*. En las dos iglesias hubo siempre mutuo acuerdo para mezclar un poco de agua con el vino, cosa que también se hacía en los primeros tiempos.

El profundo respeto que inspiraba el santo Sacramento hizo que los mismos fieles no recibiesen la Eucaristía más que en ayunas: el concilio de Cartago lo consignó así en una ley, admitiendo una sola excepción, el Juéves Santo, en cuyo día se recibía la Eucaristía por la tarde en memoria del momento de su institución. Los excesos de que muchos fieles se hacían culpables provocaron la severa prohibición de los *ágapes*, fiestas primitivamente anejas á la celebración de la Eucaristía. Los concilios

de Laodicea (372) y de Hipona (393) prohibieron al menos que se celebrasen en las iglesias.

Tal como lo había recomendado el Salvador, los predicadores del Evangelio y los ministros de la Iglesia observaron desde un principio cierta reserva en el anuncio de la misteriosa doctrina del Maestro ante los profanos, todavía no iniciados en el Cristianismo. Esta reserva se observaba en todo lo concerniente á los Sacramentos, y con especialidad á la Eucaristía, apellidada por las diversas liturgias el *Santo de los Santos*. Las *catéquisis* de San Cirilo nos enseñan que ni áun los mismos catecúmenos estaban completamente iniciados en el sentido misterioso de este sacramento hasta después de haber recibido el bautismo. Y cuando se tuvo mayor cautela, fué mientras duró la oposición de los paganos, y las controversias dogmáticas, sostenidas con ellos, podían darles conocimiento de los sagrados misterios.

De aquí es que se veja á los doctores de la Iglesia encerrarse en una concienzuda reserva, cuando se creían rodeados de infieles, y hablar de la Eucaristía especialmente de una manera vaga y general, como de un símbolo de una figura, añadiendo estas frases: «Los iniciados nos comprenden,» ó ya citar la fórmula de la consagración en términos oscuros, como lo hace San Epifanio. Y cuando los soldados enviados de improviso á la iglesia de Constantinopla echaron por tierra el cáliz consagrado, San Crisóstomo, al dar cuenta al papa Inocencio de este deplorable suceso, habla con dolor ó indignación de la profanación de la sangre consagrada de Jesucristo; al paso que Paladio sólo hace mención del *símbolo derramado* en su relato dirigido á un público compuesto de fieles y de infieles.

Así se puede comprender cómo es que los autores luteranos y reformados citan aún en su favor á algunos Padres de la Iglesia, que enseñan, no obstante, de la manera más formal y positiva la fé católica, es decir, la conversión del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y sangre de Jesucristo.

Desde que la vida de la Iglesia pudo, como acabamos de exponer, manifestarse en toda



su libertad y su energía, se vió pronunciarse de una manera más positiva la fe en el poder de atar y de desatar del sacerdote, y en la necesidad de la confesión formal de los pecados. Tampoco en este punto faltan pruebas desde un principio. San Juan Crisóstomo enaltece, como especial privilegio del sacerdote, ese poder sobrehumano que se ejerce, no como el de los príncipes del siglo sobre el cuerpo, sino sobre las almas, y produce en el cielo lo que opera en la tierra. San Ambrosio sostiene contra los novacianos que el ejercicio de este poder está únicamente reservado al sacerdote. San Paciano, obispo de Barcelona (por el 370), exhorta con tesón á los fieles á que no engañen al sacerdote. San Basilio Magno dice sin titubear: «Sucede con los pecados lo mismo que con las enfermedades corporales; sólo se habla de ellas al médico entendido y hábil, y no se confiesan aquellos sino al que puede curarlos.»—«Enseña sin recelo al sacerdote los secretos de tu corazón, dice asimismo San Gregorio Niceno; descubre los misterios de tu alma, como descubres al médico las llagas de tu cuerpo, que él tendrá cuidado de tu honor y de tu salvación.» Léese en la vida de San Ambrosio, «que un pecador le confesaba sus pecados, y fueron tantas las lágrimas derramadas por el santo obispo, que hizo correr las del pecador, hallándose el sacerdote tan contrito como el penitente; pero guardando fielmente el secreto de la confesión recibida, sólo habló de ella á Dios en sus súplicas; y de esta suerte enseñó á sus sucesores en el sacerdocio á ser para sus hermanos los intercesores cerca de Dios, y no sus acusadores ante los hombres.»

La confesión de los pecados era secreta ó pública, siendo sólo en esta forma cuando la falta era públicamente conocida, ó cuando un vivo arrepentimiento ó el celo por la penitencia inspiraban el deseo y el valor de tal confesión, ó ya cuando graves motivos hacían que el sacerdote la creyese necesaria.

Desde el primer período después de la persecución de Decio hubo necesidad de dulcificar la disciplina de la penitencia y la duración de las penas eclesiásticas. Con todo, continua-

ron en vigor cuatro grados de penitentes y de penitencia pública. San Ambrosio sometió con notable firmeza al gran Teodosio á la penitencia pública, por haber ordenado en un momento de cólera y de ciego furor que sus soldados degollasen á siete mil habitantes de Tesalónica. Los mismos eclesiásticos, y áun los obispos, estaban sometidos á este género de penitencia, á los cuales se trataba con sumo rigor, según sabemos por los decretos del cuarto concilio de Toledo. En este período se encuentran ya ejemplos de la gran excomunión, de la que el obispo daba parte hasta á los metropolitanos más lejanos, de manera que el excomulgado se encontraba por lo regular completamente abandonado, y áun padecía graves perjuicios en sus relaciones civiles.

Á datar desde la persecución de Decio y del cisma de los novacianos, se instituyó un *sacerdote penitenciario*, que oía las confesiones secretas, señalaba la especie y grado de la penitencia y vigilaba la conducta de los penitentes, fijando la época de su admisión á la santa Comunión. Un grave escándalo, ocasionado á consecuencia de una confesión pública, determinó á Nectario, patriarca de Constantinopla, á abolirla (390). De este modo cayó en desuso tan antigua práctica. En Oriente fué donde primero se preceptuó la confesión secreta hecha á un sacerdote elegido por el penitente, el cual determinaba, según sucedía antes, el género de penitencia, dejándose á la conciencia del penitente fijar el momento de su ejecución, así como el de su admisión á la comunión sacrosanta.

Los diversos grados de la penitencia pública fueron desapareciendo poco á poco, siendo Leon Magno el que extendió, con especialidad en Occidente, la práctica de la confesión privada. Pero á fin de evitar que los sacerdotes obrasen arbitrariamente al imponer las penas canónicas, y á fin de que la disciplina de la penitencia se administrase con la gravedad, dignidad y uniformidad convenientes, los doctores de la Iglesia San Gregorio el Taumaturgo primero, y después San Basilio, Anfiloqueo de Iconio y San Gregorio Niceno redactaron con este motivo unas epístolas canónicas en



Oriente, mientras que San Ambrosio y San Paciano en el siglo IV daban para el Occidente instituciones sobre los mismos puntos.

Andando el tiempo se redactaron *libros penitenciales*. Por el siglo VII, compuso uno en Oriente Juan el Ayunador, y Teodoro, arzobispo de Cantorbery, otro en Occidente. Ya en el anterior período se fueron debilitando los sentimientos de la verdadera penitencia en una multitud de pecadores, quienes se proveían de cartas de recomendación de los mártires, para librarse del rigor de las penas canónicas; pero esta relajación fué mucho más sensible cuando comenzó á enfriarse el primitivo entusiasmo que supo inspirar el cristianismo. El número de los que consentían en someterse humildemente á las prácticas severas de la penitencia de los primeros tiempos se aminoraba de día en día. La mayor parte solicitaba la dulcificación de las penas eclesiásticas fulminadas por los decretos de los antiguos concilios (*indulgencia*), ó la conmutación de estas penas en otras de mortificación y caridad. Según el ejemplo de San Pablo, quiza despues de haber arrojado al incestuoso de la iglesia de Corinto, le habia admitido de nuevo á la comunión, en vista de su penitencia y del vivo sentimiento de su dolor, siquiera hubiese merecido más dilatado castigo, la Iglesia consintió en suavizar una parte de las penas eclesiásticas; pero al mismo tiempo impuso por condiciones positivas que hubiese sincero arrepentimiento, peligro de muerte, peligro de perder la fe, ó conversión de algun pecador por medio del celo del penitente. En cuanto á la completa remisión de las penas eclesiásticas, no se encuentran más que ejemplos aislados.

Á esta naciente tibieza se oponía por lo regular un exceso contrario, un celo extremado por las mortificaciones de la penitencia. *Simeon Estilita* fué el más extraordinario ejemplo de esto mismo. Vivió durante treinta años (desde 420) sobre una columna, cerca de Antioquía, como un mediador entre el cielo y la tierra. La admiración de sus contemporáneos le dió el sobrenombre de estrella del mundo, maravilla del universo. El obispo Teodoreto, testigo ocular de estos prodigios, no sabia cómo poder

convencer á la posteridad de la realidad de un hecho conocido de su tiempo y del mundo entero.

En los padres de este período se encuentran numerosos y formales testimonios sobre la santidad del matrimonio, su dignidad sacramental y la bendición sacerdotal que le consagra, la cual se verificaba durante el santo sacrificio, llevando los contrayentes enlazadas las manos con cintas de color rojo y blanco, en señal de la indisolubilidad de su unión. En cuanto á este último punto, se nota alguna incertidumbre. En Oriente se interpretaba en un sentido favorable al divorcio el estilo equívoco de San Mateo, V, 32, y XIX, 7, resolviendo la cuestión en este mismo sentido las leyes imperiales. Sin embargo, los cánones apostólicos pronunciaban la indivisibilidad absoluta, y amenazaban al infractor con la excomunión. La indisolubilidad fué siempre un punto de disciplina evangélica y apostólica en África y en Roma. El matrimonio entre ortodoxos y herejes fué prohibido, y declarado nulo en Oriente en muchas ocasiones.

En su paralelo entre el sacerdote judío y el sacerdote cristiano, demuestra San Juan Crisóstomo que la *institución apostólica de la Eutremaunción* es uno de los privilegios particulares del sacerdocio cristiano. San Agustín y otros nos suministran pruebas ciertas de la administración de este Sacramento, cuya forma y caracteres están expresamente definidos en el *Sacramentario* de San Gregorio Magno.

Cuando moría un cristiano, sus despojos mortales santificados por el uso de los sacramentos y destinados á una resurrección gloriosa, eran depositados en lugares consagrados (*arva, coemeteria, dormitoria*), en medio del canto de los Salmos, entonado por hombres destinados á estas piadosas funciones (parabolanianos, enterradores): despues se rezaba sobre el sepulcro, y se ofrecía el sacrificio, si la ceremonia se verificaba por la mañana. La Iglesia habia estimulado á los fieles á honrar la memoria de los muertos por medio de abundantes limosnas y solemnes aniversarios, que conmemorando á los difuntos los mantenían en relación con la iglesia militante. Sólo se negaban



los honores de la sepultura á los ajusticiados, los suicidas y todos aquellos que por falta suya morían sin haber recibido el bautismo y los otros sacramentos.

Libre ya el cristianismo en su manifestación exterior y dominante en el Estado, debía ejercer su influencia en todas las acciones y en todas las circunstancias de la vida. Muy pronto, en efecto, se reconoció esta influencia en todas las acciones de la vida civil, así graves como insignificantes, pues en todos se infiltraron las ideas cristianas, siendo vivificados por ellas. Y no contribuyeron poco á consolidarla las numerosas fundaciones de caridad y la multitud de establecimientos de educación que se crearon.

Sin embargo, garantizada la paz á los cristianos, produjo en ellos gran tibieza y relajación. Ya en el primer período se habian quejado los doctores de la Iglesia de que las treguas concedidas á los cristianos en las diversas persecuciones no hubiesen sido favorables al desarrollo de la vida cristiana. Así es que ya no se encontraba aquel amor fraternal tan íntimo y duradero de los primeros tiempos: asimismo los cristianos no concedían á los paganos la tolerancia que durante las persecuciones habian reclamado con tanta elocuencia en favor del cristianismo sus ilustres apologetas.

Abrazar el cristianismo no era ya exponerse á las privaciones y á las persecuciones; era, por el contrario, asegurarse el camino de la protección, los honores y la riqueza. De esta suerte la Iglesia acogió en su seno una multitud de cristianos que sólo lo eran en el nombre y en la forma, los cuales se aprovechaban de las ventajas anejas á este título, conservaban su vida disoluta y sus costumbres paganas, no hacían más que obras exteriores, sin tener verdaderas disposiciones cristianas.

Mientras que por una parte gran número de cristianos se dirigía en peregrinación á Jerusalén á visitar los lugares donde habia vivido el Salvador, y el sepulcro donde la emperatriz Helena habia erigido la iglesia de la Resurrección, para orar allí con ardiente fervor y consagrarse á una vida semejante á la de su

Dios; por otra veíase con dolor agregarse á aquellos piadosos peregrinos una turba de malos cristianos, impulsados por motivos puramente humanos, y á veces supersticiosos. Muchos Padres de la Iglesia se quejaron de esto mismo, y S. Jerónimo llegó á decir que lo que convenia á los cristianos no era haber estado en Jerusalén, sino haber vivido allí de una manera aceptada á Dios. Si las frecuentes y vivas controversias del Oriente aumentaron el valor y la fe de los fieles, contribuyeron también por desgracia á perturbar el orden legal y á introducir en las costumbres una rara barbarie.

Se engañaría altamente, sin embargo, el que pretendiese envolver en tales acusaciones á todos los cristianos de aquella época. Los incomparables caracteres de tantos santos y esclarecidos doctores, la afectuosa adhesión de tantos fieles hácia sus obispos, y el entusiasmo que les inspiraba tan generosos sacrificios para la manutención del clero y las fundaciones piadosas, prueban que el germen de la vida reinaba aún en la Iglesia, animando á los pastores y al rebaño.

Tampoco deben perderse de vista los incesantes esfuerzos, por lo regular coronados con el éxito, de los más célebres obispos de entonces en favor de la *abolición de la esclavitud*. San Juan Crisóstomo entre todos fué infatigable. No se pueden contar todas las ocasiones en que habla del origen y de la naturaleza de la esclavitud, y de los cambios que Cristo habia introducido en las ideas de libertad y de los derechos del hombre. Asimismo insistió con aquel estilo grave, profundo y penetrante que le era peculiar, en la necesidad de las relaciones cristianas y fraternales entre los amos y los esclavos, y en la educación y cultura que debia darse á estos últimos; pero lo que con más fuerza reclamó para ellos fué la libertad. Los frutos de estas vivas y afectuosas exhortaciones se conocieron muy pronto en una larga serie de leyes imperiales favorables á los esclavos.

Por último, lo que especialmente caracteriza á este período bajo el aspecto religioso y moral es la vida de los monjes.

Pretender explicar el monaquismo diciendo



que nació del clima del Egipto, es lo mismo que creer explicar el origen de los gusanos diciendo que nacen de la corrupción del polvo. Una idea más alta es la que nos hace concebir el monaquismo. Hay hombres que por un llamamiento especial, por un instinto enteramente divino se ven impulsados desde este mundo á vivir la vida de los ángeles, y se sienten irresistiblemente arrastrados á una existencia pura y contemplativa. Este hombre es el monje: sacude los grillos que le agobian y le sujetan á la tierra, vende lo que posee, y renuncia al matrimonio. Sin embargo, la naturaleza humana tiene una necesidad imprescindible de la sociedad. El hombre comprende que solo no puede llevar á cabo nada que sea grande, ni llegar fácilmente al fin que se propone. Así es que el solitario se agrega á otros solitarios, y de esta suerte surge un monasterio. En él se encuentran todos unidos por la virtud de cada uno; en él cada cual se somete á la prudencia de los otros, pues el monje aislado desconfía de su flaqueza, al paso que los monjes reunidos tienen la conciencia de su fortaleza. Entonces nacen como necesariamente y se comprenden con facilidad los votos de *pobreza*, de *castidad* y de *obediencia*, bases de todas las reglas y de todas las formas monásticas. Es evidente que esta vida santa de los monasterios no fué siempre floreciente; pues debe tenerse en cuenta que ciertos tiempos y circunstancias la fortifican y favorecen más que otros. Y aun cuando se encuentran huellas de esta vida perfecta entre los enseños y los terapeutas en el Tibet y en la China, sólo el cristianismo puede darnos de ella una idea verdadera y completa. La vida monástica no es más que la aplicación rigurosa, la realización perfecta del cristianismo. La imperfección de las cosas humanas nos persuade de que esta realización no ha correspondido siempre á su bello ideal: muchos hechos así nos lo prueban; pero esto no impide el que no sea raro encontrar entre los monjes los más bellos caracteres de su tiempo y los maestros de los más grandes doctores de la Iglesia. San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, San Efrén, San Jerónimo, San Agustín y tantos otros, adquirieron

por medio de sus relaciones con los monjes la viva luz de que inundaron á su siglo y á las edades posteriores. La santa gravedad de sus costumbres, la noble dignidad de su continente, la sabiduría de su doctrina, la profundidad de sus sentimientos, la elevación de sus ideas y la unción de su palabra no se parecían en nada á la sabiduría exterior, vana y pomposa de los filósofos de Atenas y de Alejandría. Tales eran los frutos maduros de la vida ascética y recogida, á la cual se consagraban en la soledad aquellos sabios varones, ó los que habían cogido bajo la dirección de los monjes del Egipto y de la Siria. «En ninguna parte, dice San Agustín para caracterizar la vida monástica, he visto hombres mejores que los buenos que se encuentran en los conventos; y no los he conocido peores que los malos que habitan en ellos.» Pasiones que ofenden á la naturaleza, cierto humor sombrío, exacerbado hasta la desesperación, ó bajo otra forma, una santidad orgullosa y farisáica son los caracteres más comunes de los malos monjes.

Se encuentran ascetas y ermitaños desde el primer período de la historia de la Iglesia. Con todo, el verdadero fundador de la vida monacal fué S. Antonio.

Hijo de nobles padres, ricos y cristianos, los perdió desde muy joven. Siendo todavía niño, no encontraba placer en contribuir á los juegos de sus compañeros: permaneció privado de toda instrucción científica; pero se sintió desde entonces atraído á la vida contemplativa. Cierta día oyó las palabras del Salvador, dirigidas al rico del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, vende todo cuanto tengas;» en otra ocasión oyó las siguientes: «No os inquietéis por el día de mañana.» Conmovido profundamente con estas frases, vendió de repente todos sus bienes, no obstante su juventud; renunció á las riquezas de la tierra, y se consagró á imitar la vida de los piadosos ermitaños de aquel tiempo. Necesitó muy grandes esfuerzos, y tuvo que sostener terribles luchas contra su naturaleza y contra Satanás; pero salió victorioso, merced á la gracia que le sostuvo, y no abandonó la soledad que había elegido hasta la época de la persecución de los cristianos bajo



Maximino (311). Entonces se presentó en Alejandría para consolar á los fieles, ante los cuales apareció como un ángel protector enviado del cielo. Y cuando volvió á su soledad querida, le acompañaron al desierto muchos de sus discípulos y admiradores. Allí, estos fieles hijos, rodeando á su padre con su obediencia y su adhesión, rivalizaban con él en virtud y piedad, pasando de la contemplación de los bienes futuros, objeto de sus esperanzas, á los trabajos manuales, que les proporcionaban los medios de ser los bienhechores de los pobres de las regiones vecinas. Antonio permaneció siempre humilde y reservado en medio del respeto universal que le rodeaba, y que aumentaba su poder de hacer milagros. Un día le presentaron á un endemoniado para que lo curase. «Oh hombre, le dijo al que le conducía, ¿por qué me imploras? ¿Por ventura no soy yo un hombre como tú? Si crees en Cristo á quien yo sirvo, vé, pídelo á Dios con fe, y te curarás.» En otra ocasión recibió una carta del emperador Constantino y de sus hijos, y entonces dijo á sus monjes: «No os admireis de que el emperador nos escriba: él no es más que un hombre; pero debeis maravillaros de que Dios haya dado su ley á los hombres, y nos haya hablado por medio de su hijo.» En su respuesta al emperador se expresó de este modo: «Me regocijo de que honreis á Cristo: llenad vuestros deberes de emperador, medita en el juicio final, y pensad en que sólo Cristo es verdadero y eterno rey.» Su espíritu naturalmente fecundo, el hábito de contemplar la naturaleza y de meditar en las santas Escrituras, cuya sustancia se había asimilado, suplían en él abundantemente la falta de cultura humana y de instrucción científica. Así es que sabía hablar á los sabios y á los letrados, consolando á unos y otros. Como hubieran venido á tentarle dos filósofos griegos, les dijo: «¿Por qué venís á hablar con un insensato?—No lo sois, le respondieron los dos sabios.—En ese caso, convertíos en lo que yo, replicó Antonio.» Burlábanse un día de que no supiera leer, y preguntó el santo ermitaño. «¿Qué es anterior, el espíritu ó la letra?—El espíritu, le respondieron.—El que está dotado de un espíritu

sano no necesita [de la letra; pues él lee en el gran libro de la naturaleza, escrito por la mano del mismo Dios, respondió Antonio.]

«Vuestra religión no tiene pruebas, le objetaban ciertos filósofos.—¿Cómo, replicó el monje, se adquiere cualquiera conocimiento, y especialmente el de Dios? ¿Es demostrativo ó nace inmediatamente de la fe? ¿Cuál es el más antiguo de los dos, el conocimiento fundado en la fe, ó el producido por la demostración?—El que descansa en la fe, le respondieron.—Luego, repuso Antonio, este conocimiento es más noble y más seguro que el que se apoya en vuestros argumentos sofísticos. Vuestros silogismos ¿han logrado convertir al helenismo á algun cristiano? Pues nosotros, que anunciamos la fe de Cristo, hemos destruido vuestras supersticiones.»

El santo anacoreta contribuyó con gran eficacia al triunfo de la verdad y de las sanas ideas sobre la naturaleza de Cristo, y al restablecimiento de la paz en la Iglesia, cuando las controversias de arrianos y melecianos. Los peligros futuros de la Iglesia le fueron revelados en una visión extática, anunciándose los á sus hermanos con lágrimas en los ojos.

Por espacio de mucho tiempo ansió ver á Pablo, el solitario de la Tebaida, y, en efecto, poco antes de la muerte de éste, fué á visitarle su santo émulo y contemporáneo. Presintiendo ya Antonio el momento de la suya, se perdió en lo más profundo del desierto, no sin haber exhortado antes y por última vez á sus monjes á que se precaviesen contra cualquier error, y conservasen las tradiciones de sus padres. Allí murió á la edad de ciento cinco años (356) dejando, aun cuando nunca estuvo casado, una posteridad más numerosa y floreciente que las batallas de Leuctres y de Mantinea, legadas por Epaminondas á su patria.

Jamas se le vió sombrío ni triste; su alma estaba siempre muy sosegada, y su espíritu sereno. Semejante vida, contada por un biógrafo como San Atanasio, debía excitar el entusiasta deseo de imitarla en todas las almas capaces de comprenderla.

Los monjes, guiados por tanto tiempo por este santo maestro, fueron abandonando poco